Universidad Nacional Mayor de San Marcos
SHRA

Julio Orellano

INKARRI: "EL REY ANDINO"

Presentación: Pablo Macera

Lima, 1980

Miguel Pinto

PRESENTACION

Cculto para los hombres criollos y mestizos del Perú, Inkarrí el "REY ANDINO" degollado por los europeos fue desenterrado en la segunda mitad del Siglo XX por José María Arguedas. Desde entonces ese mito frecuenta los temores, las iras, las esperanzas de todos aquellos que tienen algo que perder o que ganar con un Pachacutec en el Perú. Julio Orellano, inicialmente Ingeniero, es de esos peruanos obsesionados por Inkarrí. En la Doctrina de Inkarri ha intentado una doble aproximación poética y analítica. Sus antecedentes de estilo podrían hallarse en Nietzsche y Hesse. Pero

la inspiración fundamental procedente de lo andino recreado en sus experiencias urbana más traumática. Mas allá de nuestras apreciaciones, de nuestro vínculo o identificación con lo que algunos quieren que sea Inkarrí (y que quizás no lo es) debemos auspiciar una búsqueda como esta de Julio Orellano. Un camino con descansos difíciles, sin metas muy precisas pero que como todas las exploraciones resultan positivas no sólo para quien lo emprende sino también para aquellos otros que viajan en otras direcciones, a velocidades diferentes, con otros sueños y entusiasmos.

PABLO MACERA

I) LA TRANSFORMACION DEL ANACORETA

Era un bello día de lindos colores, uno de esos que sirve de fondo a cuadros de eximios pintores. El sol en lo alto irradiaba su contento; sin tener calificativo de buen músico, el viento ese día con guitarras de follaje acompañado por el árbol bailarín de crujidos violines cos, entonaba melodías sin fin, como si se hubiese propuesto inspirar al Compositor, otra Pastoral.

Tal como estaba, el paisaje en su pureza desolado parecía, sin embargo para orgullo de la cajita de música que el valle era, al menos había un oído que con atención seguía aquella espiración. En efecto, en la cima de una colina cual balcón de teatro, a un costado de la mina de serenidad, un extraño solitario sentado sobre la roca desnuda, contemplaba y escuchaba con reflexiva atención, lo que acontecía en aquel valle a cuyo decir, le pertenecía.

De ese modo el extraño permane-

cía, con la calma de una fuente que guarda en el fondo peces de quiebres diferentes, cuando de repente, no sé si habiendo sido dada alguna señal, el anacoreta sin prisa con voz suave, empezó a manifestar la sinceridad del que era embargado:

Allá en mi gruta, en la altura de estas montañas, estoy convencido que este día mientras de noche dormía, se me ha presentado en sueños, sirviendo de marco a la señal tanto tiempo ansiada por mí. Viendo este día ya no lo dudo, lo de anoche ha sido un sueño como ninguno. Hoy he madrugado para recibir con antelación este bello día, y más temprano que de costumbre he bajado a mi valle, para así hallar confirmación, de lo que en sueños se me ha presentado.

¡Sí!, con claridad recuerdo el soñado sueño, así mismo el mensaje. Ya ha debido terminar el proceso de reelaboración, para de esa manera haber sido advertido. No es otra la interpretación.

Me vi sobre un alfombrado suelo,

con el rostro hacia el más bello celeste cielo, ciertamente el cielo de este día, desde cuyo centro la luminosa señal consistente en una parecida Letra Lambda, acompañada de tres fulgurantes estrellas, luego de permanecer en serena actitud de perfección y enigma, dejó escapar un poderoso eco, terrible como el tronar de miles de cañones, bombas y metralla, aullidos de siniestras máquinas y griteríos desesperados. Ante semejante conflagración, el temor con presteza se apoderaba de mi persona; en esos instantes hubiera deseado tener alguien a mi lado para ser despertado, pero entonces fui cogido por una mística quietud, cuando el cielo no pudiendo resistir más el tremulante irrumpir, cedió cual frájil vidrio rajandose por completo, para caer luego en fardos de algodón.

De entre aquel caos de sonidos estentóreos, surgió una tenue voz y luego muchas, las que juntándose como gotas en un precipitado río, sometieron al ruido y logré captar la palabra pronunciada, que luego asumí se me había asignado:

INKARRI, INKARRI, INKARRI, ...
Al dar cabida en mi corazón a esta palabra por sí sola introducida, mi ser todo fue convulsionado, pasando mi anterior ordenamiento a formar un todo distinto. Producida la transformación, de inmediato se hizo presente la nostalgia, en cuya alfombra voladora fui transportado a mundos, que no me parecieron desconocidos, mas los tenía que reconocer debido al olvido.

Quiso el anacoreta transformado continuar su relato, cuando en eso fue interrumpido por una bandada colorada de avecillas silvestres, el trinar de las cuáles no le era desconocido. Apagó su voz, el espacio despejado fue para el vuelo de las avecillas; siempre en silencio con los ojos en el trinar, se puso en pie con ceremonioso ademán, sumando su mirada a la bandada, hasta que ésta se perdió en el horizonte, fundiéndose el grupo en un punto único de convivencia.

Nuevamente volvió su rostro al

valle, de pie como estaba y sin dejar adivinar el contento de haber tenido por huésped a la bandada, continúó su relato con voz potente:

Saltando sobre tiempo y espacio, me vi en mundos diversos, presentándome a todos ellos, con la misma libertad de quien asiste a contemplar los cuadros de una exposición, y es apropiado por el motivo de su admiración.

Estuve con los constructores de piedra, a quienes hallé en un día cotidiano tajando el Ande, así mismo los vi llevar la piedra cansada. Paseando en una litera por el Valle Sagrado, fui conmensurado por ofrendas de músculos laboriosos, así también por la demostración de disciplina.

Sucedió lo instantáneo, fulminante cambio que me condujo a la familiaridad de otro cuadro. Era la número cuarenta, recién iniciado el concierto fue en la corte donde encontré a Wolfgang, llamado Amadeus tras los Alpes. Le estreché la mano, invitándome él a permanecer a

su lado. Sus labios movía y yo seguía con satisfacción esa conversación, aunque sus palabras se perdieron en la bruma de lo soñado, no pudiendo guardar lo conversado.

De las ubres melodiosas extraje miel para mi corazón, bebí el agua cristalina que no conoce la corrupción. La niebla del cambio me envolvió, y de inmediato con Tréveris mi recorrido dió, alta atmósfera en la cual llené mis bolsillos de sustento, roca dura imprescindible para el pensamiento.

A continuación me trasladé a un lugar donde la suspicacia no es en vano, al congênere hogar del controvertido germano. En su compañía, la dilatación del tiempo fue obra de su conversación. Los segundos se hicieron horas, las horas semanas abreviadoras. Al final tuve que despedirme :
¡ Oh anacoreta ! ¿ Filósofo o poeta ? Ciertamente la risa no pudimos contener.

Sucedió lo que ya antes aconteció: el repentino traslado de una

vivencia a otra. La acción me había llamado, en el Noviembre Rojo con mi fusil, a ningún decadente tregua di. Aprovechando ciertos rasguños, lo peor quiso hacerme precipitar, pero ya con José Carlos me detení a brindar.

Aunque no he contado, además sobrevolé por otros lugares y por otras épocas, sobre científicos y poetas.

Ante todo esto, a fin de no ser tomado por un exaltado, quiero prevenir a todo aquél que me ha escuchado: solamente quién en un dormir profundo, ha tenido decenas de sueños, todos ellos maravillosos, sobrepuestos unos a otros con la riqueza de una vida contada, comprenderá lo que he dicho.

Por un momento se hizo el silencio más completo, aun el valle enmudeció. Respiró profundo, con el rostro encendido de forja en su punto, dejó escapar el discurso que su valle no pudo contener:

¡ Sí pasé !, sobre mi cuerpo durmiente allá en mi gruta pasé. No se pudo detener el transporte, el impulso de las épocas sobrevoladas fue demasiado grande. Ahora estoy del mañana en retorno, dispuesto a todo para retornar a ese mi hogar, que no he podido olvidar.

II) EL RETORNO DE INKARRI

Aquella misma mañana Inkarri decidió el viaje: Debo volver donde los hombres, hacia la gran ciudad que un día dejé.

Al cansarse de los hombres, Inkarri tuvo la precaución de hacer de su gruta, una isla separada por ancho mar. La gran ciudad queda al otro lado de la cordillera de nieves eternas, muchas arduas jornadas le esperan, a las cuales tendrá que vencer. En cuanto a su vestimenta, era de manera acostumbrada, conservando en su talle, el fino manto de lana de vicuña y las sandalias de fuerte hechura con bordados en oro, prendas inigualables de alta procedencia. En el cinto llevaba un magnífico puñal, reluciente significado en cuyo acero vigorozamente todos los haces de luz eran reflejados.

Hacia la gran ciudad va Inkarri, sólo allá terminará su decisión, iniciará allá la consumación de su cometido. Como todo aquél que ha sabi

do esperar, en los intervalos inacabables a orillas de un tiempo perdido, ha desarrollado raices y raicillas que prueban por él, la sal de la tierra y la contaminación del aire; brindan a su advertencia datos que aprueban o niegan los pasos a dar, destilan lo útil de la escoria, destinan al muladar o a la gloria.

Ya Inkarri se introduce a su trote característico. Los entendidos creerán que lo anterior escrito, ha sido para dar tiempo a su adecuación y en verdad por allulla, la razón no les desampara. En su punto las cosas saben mejor, es uno el semblante cuando se ha entrado en calor. El ex-anacoreta es un vergonzoso, no le gusta ser visto al flaquear, ni aun en esos comprensibles primeros pasos, menos aún tratándose de Inkarri; en consecuencia comprenderán esta pantalla mientras "calienta cuerpo". Pero he ahí, Inkarri ya está sobre la recta de su orgullo, se ha subido al lomo del paso seguro, se han hecho uno él y su camino.

Ahora sí, ya puede hablarnos.

EL SILENCIO DESBORDADO

Muchos días han pasado, siglos tal vez, sin embargo no he desesperado. ¿Seré por ventura reconocido, por aquéllos a quiénes me dirijo? De entre los que esperan, son pocos los que guardan en su memoria, el recuerdo que les di cuando con el ocaso me despedí. ¿Cómo será? Así se preguntan cuando son preguntados y no por hacerse los desinformados, porque ni ellos mismos saben el cómo ni el cuándo, incluso no saben que no me gusta recorrer dos veces un mismo camino, y ahora es del futuro en nombre del porvenir, y no del pasado como parecen creer, de donde parte la senda de mi advenir.

¿Quiénes son los míos? El imán y el hierro no necesitan palabras para ligar sus destinos, en el silencio son aguzados todos los sentidos y es mutuo el reconocimiento. En la espera el paladar tiene ocasión de catar vinos distintos, por encima de discursos aprende a distinguir al seco del tinto. Entre este pueblo, la aflicción existe y también el silencio persiste. "Si no se ha

de cambiar, mejor es que mantengamos silencio", tal es la lectura que hago en sus corazones y en verdad, el que se mantiene callado, su corazón me ha dedicado. ¿Por qué y por quién ese silencio? Me pregunto si será necesario contestarla cuando todo está claro. Los que siguen preguntando, limpien las hojas del otoño, el árbol por el tiempo con el viento sea regado y se les será contestado. Llega el año del retoño, el quipu dice, presiento la arena está floreciendo; y es señal suficiente para comprender que una época ha terminado. Un frío aliento cruza el firmamento de la historia, y no al tiento la dividirá en pre y post; ocurrirá.

El sol embriagado de júbilo se ha vuelto caprichoso: ¡Por mi amigo!. Cómo, ¿ No era tu hijo primoroso ?
... Sigue la pregunta.
¡Sea dicho pues!
¡ Por Inkarri es mi silencio !
¡ Solamente a él espero para desbordar las aguas, que en el silencio se han hecho bravo mar !.

LA EVIDENCIA COMPRENDIDA

Se dice referido al convencido, de que debe ser duro para originar su camino, pues bien, he aquí al más duro de los hombres.

Pasaron los días en que los caminos de este mundo me llenaban de congoja, en la presente hora, mis lágrimas las reservo para otras alegrías y tristezas, para otros silencios y encuentros. Con el ayer se han ido antiguas tentaciones, entre ellas la inclinación de ser santo. Quise buscar un lugar donde consagrarme y seguir los muchos ejemplos. Me construiría una cama de troncos, una almohada de adobe, una corona de espinas, un flajelador y aprendería a hacer milagros. Cuando era inminente el hacerme penitente, escuché la voz, no de un dios sino de una concepción, la que me indicó la dirección a seguir.
Debería dedicarme a cosas más útiles y exigentes que ser santo, debería seguir el duro camino que conduce a uno mismo, desde la dispersada conciencia hasta la sincera complacencia.

Escuchando al llamado, mi retiro fue nuevamente hallado por la leña de mi otrora pena:
Algunas veces era el gemir del niño aquejado por el hambre, otras veces era la ira angustiosa del prójimo devorado por la injusticia, otras era la desesperación de la gente a causa del caos evidente, otras el impotente quejido del siempre oprimido, otras la amarga decepción del herido por un credo descreído, otras ... Al escuchar estos aires de quena, al principio me comportaba como el prisionero impaciente por brindar solidaridad al primero, pero luego comprendí la evidencia, que la transformación del mundo no se hace a pedido o por deseo, sino cuando la época ha llegado. Hoy salgo donde los hombres porque he oteado el aire y he reconocido la señal convenida: la hora inexorable para el cambio ha llegado.

Quien ha tenido fe en el porvenir no ha estado vacío de esperanza, pues a ese le digo, que conmigo será recompenzado.

CIRCUNSTANCIA

En mi camino he recogido el nombre de Inkarri, otro pudo serlo como otro mi nombre, yo tan sólo lo he asumido. Lo demás es conjetura que conduce a vanos intentos.
¿Quién podría demostrar, la verdad o supuesta falsía de mi identidad? ni yo mismo como interesado podría; en consecuencia mi nombre y su condición, está por sobre cualquier discusión.

Estando en este punto, Inkarri voltió por última vez a contemplar su gruta, su montaña y su valle. Estaba en la curva postrera y primera de una ascensión en pos de culminar la cordillera. Voltió y suspiró, así fue su despedida de un periodo de su vida, y se alejó del mismo modo como las personas se alejan de su cumpleaños número 15.

Pero de lo que quería hablarnos Inkarri era de Circunstancia. Vamos Inkarri y explícanos ese significado. Error, cuando crea conveniente hablará.

Circunstancia es un significado que singulariza el tiempo pasado. "Circunstancia así lo ha querido", así se justifica lo acontecido.

Lo que ha sucedido, el pasado, es una región en la cual no se puede influenciar, ya ha sido. En ese sentido no se puede obrar, en su perspectiva la voluntad se ve obligada a callar.

Lo que ha sido y vuelve tal cual fue, pueda que se encuentre con dista disposición personal y entonces, deja de ser lo que ha sido.

Circunstancia no ofrece consención al que hace votos de confesión, ni es corto su reconocimiento al recto recogimiento. Dice Circunstancia: He aquí soy tu libro, se pues tú, juez de tus actos; es el libro de los acontecimientos.

Circunstancia no se enajena con saumerios ni salterios, a lo máximo sólo buenos deseos.

EL MANDAMIENTO DE INKARRI

Son comprensibles los sufrimientos de formación a los cuales estuve sometido, los acepto de buen agrado y me reservaría su memoria, si no es por esta enseñanza que he destilado. De modo que :

Habiendo nacido para vivir sin cansarme, estuvo a punto mi congoja de sepultarme. Cuando en el yunque el anacoreta era llevado a su meta, muchas veces por la debilidad cogido se lamentaba compungido: ¿Por qué a mí? La respuesta no se hacía esperar: Circunstancia así lo quiere, Resiste con firmeza, Tu misión así lo requiere.

Está bien,... , Está bien ...

Bajo la tierra de mis padecimientos, estuvieron milímetro a milímetro mi cuerpo y mi mente, adecuandose a nuevo superior estado; reelaborándose.

Soledad, desarraigo, privaciones, tensiones, frío, calor, fatiga,..., implacables solicitaciones que no

saben de oraciones. Frente a este gran desafío, hube de emplear para salir airoso, toda clase de virtudes que pudiera contener:
Paciencia, tenacidad, empedernimiento, constancia, dureza, ...
¿Por quién he padecido semejante pasión? ¿Habrá sido por los hombres, en una nueva versión de la crusifixión prematura? He cumplido aquel mandamiento que ahora sé es de Inkarri:

¡Reelaborarse así mismo!

Quién desee, saque de este mandamiento, el motivo de mi sufrimiento el por quién.

Me aparté de los hombres porque ellos ya no tenían nada que compartir conmigo, y peor aún, a menudo me causaban desconcierto. Ahora es Inkarri el que va a compartir con los hombres, incluso desconcierto. Una correntada siento que me empuja en la constancia diaria, a superar al hombre:

¡La superación del hombre por el hombre!

Ese es un río que pacientemente espera ser surcado, por hombres que previamente se han reelaborado.

EL DANZARIN LLAMADOR DE LA LLUVIA

A mi camino sucede mi destino, mi dicha está en la lejanía donde se pierde mi ambición. Alborozado te recuerdo oh futuro, mi consuelo está en que algún día mis pasos darán contigo. Tu presencia es el descenso de una nube al nivel de mi convicción realizada. El futuro es la nube que guarda en su seno al rayo y a la bienhechora lluvia, alumbra al porvenir en medio de celestes colores también de rojo dolores. Me gusta la lluvia porque no bendigo el ser cocinado por el calenturiento miserio, por eso me he hecho danzarín del desierto, llamador del rayo, del trueno y de la bienhechora lluvia.

Sin dejar de caminar, todo esto hablaba Inkarri, mientras en el cielo se dibujaban rostros de nubes amenazadoras, lo que no le llamó la atención, pues no desprevenido le cogía esa presentación. Alzó el rostro para constatar y continuó :

La nube anuncia en el cielo, lluvia para el agotado suelo. Desde le

jos seguida de Circunstancia, dominando su ansia se conduce con la calma del 'si ha de llegar, llegará'. En eso consiste las llamadas condiciones objetivas. Pocos se percatan de su silencioso viaje, y cuando su presencia es manifiesta para los sentidos, puede ser ubicada por algunos en el cielo aún lejano, o por los sufridos, pendiendo de un ramaje cercano.

Todos ven la nube, mas nadie se pone de acuerdo en cuanto a su distanciamiento, será menester decir entonces:
"Lo que está dado, está dado, sin embargo falta algo para que todo esté consumado".
Es aquí cuando hace su aparición el danzarín del desierto, el llamador del rayo, del trueno y de la lluvia.

Como en un sueño, el ojo de la percepción al cielo se eleva hasta donde su liviandad le permita; cubre en el plano su entorno y lo que y a quién encuentre, hará suyo y próximo de sí, cultivará y cosechará verdades; sus verdades. De los demás

planos dirá: Los respeto pero ...

Con el danzarín sucede cosa distinta. Al disponerse a danzar dice de está manera: ¿Qué interesa lo demasiado alto o lo demasiado bajo de la nube? al fin y al cabo la lluvia que se desprenda, corresponderá igual nuestra ofrenda. Los detallistas que son en el fondo débiles de convicción, quedrán en contraste encontrar la nube, a la altura que su percepción se encuentre a gusto. En ubicación distinta dirán: "las condiciones no están dadas", conminando a los que están a su lado a seguir esperando la ideal configuración, lo que en verdad por pasividad, constituye simple claudicación.

El baile es un cometido, muchos lo intentarán, pero unicamente los escogidos no declinarán. Son éstos quienes llevan por emblema :

¡ Si quieren con la muerte
destruirnos,
vengan para salir más
fortalecidos !

La lluvia que cae habla en el lenguaje de la voluntad, siendo po-

sible su presencia y su efecto, en la no ausencia de la nube, de lo contrario respecto del cambio, se desvía al 'voluntarismo'.

Voluntad he referido y este nombre solicita su apellido. ¿Voluntad de qué? Voluntad de vencer es un decir, pero quien mi voz ha guardado, en sus oídos habrá sonado como Voluntad de Preeminencia; eso es lo que promuevo, esa es la creencia que sostengo y mientras voy caminando, lo voy demostrando.

Inkarri no sólo quiere lluvia sino también granizada, y sobretodo esto último, a ello estoy acostumbrado. No sólo cambios en el objeto sino también en el sujeto, a ello hemos de acostumbrarnos; ese es el reto planteado por el sediento campo, que ya no con un solo cambio se conmueve.

Inkarri quiere granizada y no sólo lluvia, será por eso que mi baile es un giro reelaborado.

EL TEMOR NO REPRIMIDO

El primer día de marcha estaba terminando, el atardecer no clamando por su suerte, con educado conformismo se despedía agitando tras árboles y cerros, pañuelos de sombra prestados del sol declinante.

El arrebol con sus cánticos de ocaso y despedida, a los ojos se extendía como eco de una lejana sinfonía. Un triste atardecer se podía ver, desde una de las tantas quebradas por donde Inkarri pasaba, en tránsito a la cumbre soledada.

Esquivaba árboles y cálidos aires, mosquitos y fraganciosas azahares. Un tímido riachuelo se desplazaba escondido en medio del monte, dejando para el caminante su murmullo y punto. En esos trances estaba Inkarri, cuando de reojo se percató de un brillo y era que un último rayo de sol, reflejándose descubrió al riachuelo. Al percibir el espejo cristalino, Inkarri se sintió atraído y no pudo evitar que su sed se dirigiera en esa dirección.

Con el hueco de su mano culminó el primer sorbo, con ceremonial deferencia se aprestaba para el segundo, cuando en la espalda experimentó un súbito y violento golpe, como si un animado saco de papas y espina le hubiese caído encima. Sintiendo el impacto, en una fracción de segundo tensó los músculos, en forma instintiva llevó su mano a su puñal, y se dispuso para la inmediata y necesaria contraofensiva. Al voltear donde su atacante, se dio de lleno con un inmenso puma, con la boca dispuesta a celebrar un festín, siendo la sorpresa del puma aún mayor, a tenor del aullido y de los ojos desorbitados.

El puñal no fue necesario, no lo fue ya que el puma llevando su error a la espalda, emprendió precipitada fuga, maldiciendo la hora en que confundió a aquel hombre, con un genuflexo cordero. En su disculpa habría que decir, que en efecto, no era difícil confundir entre la penumbra, a un manto de vicuña en pose reverente, con un inocente cuadrúpedo.

Irguiéndose Inkarri comprendió lo que le había acontecido, y esto le sirvió para reflexionar sobre el temor no reprimido.

Hay transcurrencias en el hombre en las cuales cierta contrariedad, cierta acción de un contrario, cierto contrario, le parece demasiado grande, muy por encima de sí, muy poderoso, lejos de toda posibilidad de enfrentamiento, ante la cual, ante quién, no atina sino a inclinar la cerviz . . . ¡Ha sido derrotado, no por la contrariedad ni el contrario, sino por su temor!

Arrodillado como estaba, fui tomado por manso cordero, y hubiera sido esclava mi suerte, si no volteaba donde el pretendido opresor, mi equivocado contendiente, dispuesto a darle fiera batalla como toda contrariedad lo merece. ¿Qué hubiera sucedido, si el temor me hubiera impedido levantar la cerviz? El dominador se hubiera impuesto creendo que obraba sobre un cordero, y el dominado se hubiera sometido creendo que las cadenas le llegaban del

cielo.

En consonancia, si se llega a la conclusión, que se és centro de explotación, levantarse significa hacer frente a la causa de una aflicción. Romper las cadenas es un primer grado, en la lucha por vivir y construir, una vida con agrado.

Las contingencias que se presentan en la tierra, en la tierra es posible encontrar sus soluciones.Demuestran flaqueza los que se abandonan en este mundo,para escapar y refugiarse en lejanas creencias; no toman conciencia de lo que és la existencia, y no hacen nada por cambiar los ambientes bio-aflictivos.

No hay pues, peor proceder, que no hacer frente a las contrariedades, o lo que genera esas contrariedades, que a lo largo de la vida pudieran presentarse, lucha en la cual radica una de sus justificaciones, y una de sus satisfacciones.

LA NOCHE . . .

La noche se ha hecho dueña
del día,
sin ninguna porfía con natural asentimiento, se ha instalado en el merecimiento de los hombres.

Atrás quedaron la heróica madrugada, la triunfante mañana, ... el brillante mediodía. Son etapas estas que pertenecen a la nostalgia, al recuerdo que se intenta retomar, cuando más violento es el choque con el temor nocturno, cuando los senderos se pierden en el caos de las posibilidades, cuando la incertidumbre cubre con su humo el 'más luego'.

La noche se ha hecho dueña
del día,
¿Habrá algún ojo poderoso, que pueda ver de noche como de día?

Los impostores responden sí, más que nada para hacerse elegir supuestos guías, pero basta que se pongan al frente y den algunos pasos, para comprender que son toneles llenos de falsía; son transitorios cuya

línea bien puede ser interpretada por un bastón sin dueño, con tanteos y todo.

La historia no se puede detener, ni nunca el desarrollo por torsión se puede romper. Al brillante medio día sucedió el atardecer, para en lenta agonía brindarse al fenecer. Los últimos intentos para enderezar el camino son vanos, al final con la joven noche damos. Aca surgen solitarios vuelos visionarios, cantos de gallo a cuya señal no sucede el nuevo amanecer.

La noche se ha hecho dueña
del día;
a medida que se hace más obscura y fría, se deja de mirar atrás para entrar en convencimiento de que la fuerza acumulada, en la lucha por el cambio tendrá que ser liberada. Ya no se necesita ser visionario para tener seguridad de nuevas horas, la duda es sólo en cuanto a los hombres, que darán sus nombres a la nueva aurora.

¿Quiénes serán?.

LA PRECAUCION DISMINUIDA

En medio de feraz tierra por caminos cada vez menos transitados, Inkarri continuaba su marcha a ritmo acostumbrado, insostenible para cualquier otro. Se abría paso entre el enmarañamiento, usando por brújula su intuición cuyo norte marca la armonía, y cuyas líneas de fuerza lo constituye la obseción evolutiva.

El inveterado caminante de paso danzante, como en todo el trayecto, mostraba indiferencia a los insectos y a la atingencia de sus picaduras; compulsaba el sentir de su deseoso corazón y a la rosa, pese al insistir de su perfume, no le hacía saber su secreta pasión; se resistía a los apacibles paisajes, que invitaban al ocio como al sediento los oasis en el desierto.

Cuando era cierto que estaba a punto de salir de aquella enmarañada naturaleza, a Inkarri se le ocurrió de una vez vencer aquella tupida maleza, acelerando para el vigor y el paso.

Sucedió entonces el caso de una

precaución disminuida, que ocacionó al imprudente una aparatosa caída, quién rodó sobre espinas, piedras y ortiga hasta el fondo de esa ladera.
Al sentirse en tierra, sin siquiera permitir a sus magulladuras pronunciar ayes de dolor, en el acto se puso en pie; enojado consigo mismo, se dijo con energía:

¡Me lo merezco!

No premedité mi ocurrencia y sus posibles consecuencias, y he aquí la consecuencia me ha llegado.

Reconocida sea la naturaleza por haber obrado con pulcra justeza; oportuna y fría, ni vengativa ni muelle abuela.

Mis pies se apartaron un solo punto del camino, y he aquí el accidente ha sucedido. Así de simple, sin careos ni muchos rodeos, directa consecuencia como la respuesta del pistón a determinada presión. En este caso el error que he cometido, la de una precaución disminuida, es un delito para conmigo, pues no he estado lejos de perder aun la cabe-

za.
Reconocido es mi error, así mismo sea conocido su trasfondo delictivo. Hay además, errores que involucran como delito al yo distinto, en acción fortuita y no fortuita. ¿Qué se les dice a quiénes cometen delito? y al respecto, ¿Qué es lo que mueve a ser compasivo? "Nadie está libre de cometer delito", ¿lo reconocen? es el grito interesado que responde a la segunda interrogación: "hoy por ti, mañana por mí".

¡No se ha de abrigar posibilidad al delito! y si por una u otra causa, escapando del juez propio se produce, entonces sólo sea considerado un accidente y como tal, aceptar la consecuencia; de lo contrario,
¿Qué puede esperar quién por accidente súbitamente resbala y cae? ¿Acaso podrá salvar su descuido, deteniendose en el aire, dar dos pasos atrás y luego continuar advertido? Sepan pues los que van por el mundo causando desarmonía a sus semejantes, deténganse un instante y sabrán que la primera desarmonía ha sido y es, contra sí mismos.

Percatándose del tema que trataba, Inkarri el hombre se preocupó al igual que por su palabra, por la mala interpretación que le pudieran dar a su condición. Bueno; reparó, advirtió y prosiguió:

Quiero completar mi observación, con la contemplación hecha a los bordes del camino, de un terreno de fértil tierra llevado por mano indedicada al estado de baldío. Sólo un tenue y pequeño verdor es logrado, lo demás es mala yerba, desnudez y fango; los pocos gozan conlo tenue, los muchos en el fango padecen.
En cambio, éste es el mismo terreno, pero sustentado por el buen agricultor:
El verdor es constante, flores de variados colores, fragancias de distintos olores; la tierra arada es igual para todos, las plantas absorven y exclaman según la constitución de cada uno.
Bajo este título, ¿qué enseñanza podemos extraer de esta comparación? Esta: Para pedir responsabilidad, al mismo tiempo hay que distribuir propiedad.

III) EN LA CUMBRE

Inkarri estaba allí, a orillas del tercer mediodía se introdujo al trecho más difícil que su camino le imponía: la puna inclemente.

Las quebradas calurosas fueron traspasadas, los cimbreantes senderos abiertos en el granítico Ande por el paso de generaciones, se perdieron en esta amplitud de posibilidades, donde si uno quiere dar con el camino correcto, debe ser guía de sí mismo.

Es difícil saber si otro caminante ha estado por esta zona. En esta tierra poco frecuentada, toda huella es prontamente borrada por la lluvia, el viento y el ichu. Aun así, es posible encontrar alguna señal dejada por algún vuelo visionario, mientras que el hito del que no ha podido concluir, es su propio cadáver.

Los rigores por venir, ya se hacían sentir. Un sol que brilla pero cuyo calor no es señor de libre dis

poner; una atmósfera enrarecida, que no permite a caminantes no habituados; un viento cortante que hace de lo superficial, objetos de su diversión; un frío penetrante que cala huesos y fortalezas; ... en fin, un clima que hace desistir al no enterado.

Sabedor Inkarri del admirable partido al cual pronto se verá sometido, decidió detenerse con el objeto de reagrupar fuerza y voluntad, merecido descanso para quién llevaba caminando más de dos días consecutivos. Aprovechando la pausa, dispuso en complemento alimentarse de buena manera. Con este propósito, buscó un lugar adecuado; examinando su rededor, pronto se percató de uno abrigado, dirigiéndose con calma a ese lugar. Tendió su fino manto y sobre el, derramó la papa que con sus manos había cultivado. Sacó el puñal de su cinto, se inclinó y cavó en el suelo un pequeño hoyo, construyendo luego por encima un cascarón de piedras y terrones. Dada la pequeña cueva, la rellenó con secas hierbas prendiendolas en seguida. Cuando el interior estuvo ca

liente, introdujo las papas, derrumbando sobre los valiosos frutos, las piedras candentes y enterrándolas por completo. Es claro, Inkarri se va a obsequiar con un festín de papas asadas bajo tierra, cocina que recibe el nombre de huatya.

Mientras la papa tomaba punto, Inkarri se dirigió al puquio contiguo en donde lavó sus manos y su rostro, arregló su cabellera. Esperando que el agua se renueve para poder beber, al descuido sus ojos dieron con la figura dibujada en el fondo, encuentro que le hizo volver con violencia a su espalda, creendo era de otro la imagen. Recobrado y sin timidez, volvió de nuevo su rostro al puquio; se reconoció y se convenció de lo que era. Hacía mucho tiempo que no prestaba atención a un rostro humano, incluso el suyo estaba por olvidar, mas por lo que podía recordar, comprobó en la imagen del puquio, un perceptible cambio.

Siempre atento con sus papas, al hincarlas no las halló aún en su punto; tuvo que seguir esperando. Libre por el momento de todo afán, se su-

ɔió a la loma dique de vientos así
como a la loma de su inspiración,
desde donde se puso a entonar can-
ciones de su cosecha, acompañándose
con silbidos de melodías extraídas
de su improvisación, sentidas notas
que valieron para que su corazón se
para lágrimas y sudores, vertidos a
lo largo de la dura prueba, que oja
lá pronto acabe.

La huatya suculenta fue apuntala
da por unas cuantas manzanas, en
eso consistió el renovador almuerzo
de Inkarri. Después de una breve
siesta, el cuerpo reconfortado no
le permitió más tiempo permanecer
en reposo, por lo que de nuevo tuvo
que asumir su cometido.

Si bien la estampa de Inkarri ha
bía recibido atención, su vestimen-
ta delataba la mella de la caminata.
No obstante lo fino y fuerte de su
hechura, por los caminos transita-
dos dejaba escapar gotas de magnifi
cencia, como Inkarri dejaba caer de
su frente sangre sin color, que vie
ne a ser en los emprendedores, tes-
timonios de sudor.

Allí va Inkarri, en su rostro se puede ver que los signos de la sorpresa y la admiración, están bien disimulados. En esto se asemeja a las vicuñas que por esos lugares pastan, pudiéndose afirmar, no a causa de presuntuosa imitación.

Corre el viento, pasa el tiempo. La noche vestida de enlutada beata, ha derramado sus lágrimas sobre las montañas, sorprendiendo a Inkarri sin más novedad a cuestas, que su cansancio. En estas altas soledades ni aun las novedades se atreven, no hacen falta habiendo rigores de por medio. ¡Ja!, ni acostumbrados caminantes están libres de ser vapuleados, lo demuestra el primer resbalón de Inkarri acaecido por cansancio. ¡Vamos Inkarri!, levántate, tú tienes que vencer.

La niebla es intensa, ni estrellas ni luna son visibles. Pueda que se hayan escondido como diciendo: "si lo merece, solo vencerá", y ese solo significa sin siquiera miradas de apoyo ni el concurso de la propia sombra, no obstante eso, Inkarri no se detiene porque hacerlo

significaría la perdición. Los pies doblemente pesados por el barro, quieren rebelarse y otra vez Inkarri al suelo ha dado. Pobr... ¡Nada de pobrecito, consuelos compasivos no los necesito! ... Así sea Inkarri, disculpa.

¿Cuántas caídas serán necesarias? De otras difíciles situaciones salió airoso, ahora que no puede silbar ni cantar, esos recuerdos le sirven de aliciente. Por lo menos hay que reconocer su empeño. Tengo que vencer, tengo..., así se habla y de su mente no se aparta la culminación, pese a la tercera, cuarta y quinta caídas.

Inkarri no dispone de mucho tiempo para invertirlo en esta jornada, el tiempo tambien le muerde las entrañas; si no concluye a tiempo, tampoco vencerá. ¡Vamos Inkarri!, fuerza, fuerza, he ahí la culminación, es tuya, estas próximo. Inkarri alza la mirada, terriblemente agotado, resbala y se levanta, la sexta, la septima caídas. Inkarri no sabe rendirse, reemprende su marcha y por fin: ¡Inkarri ha llegado! ¡Inkarri ha vencido!

LA SINCERA COMPLACENCIA

Han sido tres días y tres noches, los que Inkarri ha empleado para llegar a la cumbre del paso cordillerano. Estar sobre el punto culminante de la trayectoria, significa que el ascenso ha terminado, pues desde ese punto aún agitado, Inkarri contemplaba su rededor y seguramente pensaba que para conseguir algo, ese algo con esfuerzo debe ser comprado.

Mientras tanto la penumbra del ayer, al igual que la fatiga del camino, eran desvanecidas por el amanecer andino. A falta de pajaritos y de su alada polifonía, el silbido del viento se encargaba del rito de dar la bienvenida al nuevo día..La madrugada en lentitud, semejando a una flor en capullo, en continuidad alumbraba al discontinuo brillar del disco de su orgullo.

En qué instante del transcurrir, habrase trastocado la antigua melodía en el nuevo vivir, lo cierto es que Inkarri sin percatarse desde cuándo, ya en el nuevo día se encon

tró morando. Esto le hizo recordar aquellos días en que niño, se levantaba muy de madrugada con el propósito de curiosear el parto auroral, y así esperando, concluía inmerso en el pleno día. Total nunca descubrió, el segundo en el cual el pico del polluelo día, el cascarón rompía del continuo suceder.

Dejó sus pensamientos a un lado, suficiente he descansado, se dijo, al mismo tiempo que en pie se puso. Unos cuantos minutos se mantuvo así, en silencio, aspirando profundo y despacio, el aire enrarecido de esas montañas, hasta que lanzó sus palabras:

Luego de esta altitud, mi camino es descenso hacia el logro de mi obra. Hace mucho decidí por este instante, era mi lejana certeza de la cual pendía mi esperanza, era la justificación que acallaba mis lamentos. Ahora que toda prueba ha sido colmada, ya no estaré pendiente de los resultados para saber si soy de ayer o no soy del pasado. Vencida esta última prueba, me he puesto por encima del dar y del quitar; ya

no se me puede dar, ni mucho menos quitar, puesto que soy en definitiva, aquél que algún día tenía que volver.

Dicho esto, como nunca antes se le había visto desde el día en que correspondió al llamado, Inkarri reveló una limpia sonrisa y su rostro se convirtió en un sol de felicidad. Esto significaba que Inkarri había cumplido consigo mismo, volviendo a ser uno solo como en un principio se és. Esa sonrisa es la luz que indica, al igual que a la cumbre, a la cumbre de la sincera complacencia ha accedido. Los sentimientos más puros se han apoderado del rostro de Inkarri, han hecho de él un campo de baile y están celebrando el indescriptible acontecimiento. Sólo nos llega el eco de esa festividad que sale de lo más hondo del ser, no obstante, eso es suficiente para ensordecer a cualquier ojo que se pose en Inkarri.

Mientras eso acontecía con Inkarri, el tiempo como siempre, inmutable proseguía su transcurrir, así también la neblina y su espesura,al

marcharse limpió el cielo de toda negrura, el cuál fue dedicado al sol que por llegar estaba. El inquieto viento tampoco se quedó sin ladrar, ya que con su revolotear, a los pies de Inkarri se comportaba como una traviesa mascota, que cuando se cansaba de jugar con pequeños objetos, se empinaba y ora cogía su cabellera, y ora mordía su manto, agitándolo a uno y otro lado.

En la creciente claridad, el rostro de Inkarri cual si se tratara de una estatua recién inagurada, no mostraba ninguna línea extraviada, ningún artificioso brillo que no sea el auténtico del material esculpido; desaparecieron las cicatrices del sufrimiento sobrellevado; no había nada que pudiera hacer recordar, las terribles solicitaciones a las cuales estuvo sometido. La sincera complacencia ha hecho de Inkarri un niño, un nuevo inicio, una íntima unidad; si en este instante una lágrima cayera de sus ojos, esa lágrima vendría de su corazón. En eso salió el sol, Inkarri que se había mantenido estático, giró en redondo y su encuentro fue con el sol.

IV) EL DESCENSO

Inkarri se ha reelaborado y las últimas pruebas han sido colmadas; está libre de ataduras, es un diseño acabado, puede desear y detenerse en su deseo, es libre de extraviar su empeño donde mejor le plazca, incluso puede amar. Pero:

¿Será necesario recordar, contra qué lo inevitable le hará obrar?

¿Habrá que decir, hacia qué contienda tendrá que asistir?

Es sabido que su advenimiento implica contienda, ¿Habrá que recordar, Inkarri frente a quién?

Sea con nosotros la voz de Inkarri, y él mismo con sus palabras pronunciadas, se encarge de construir el muro de las respuestas.

EL PRIMER ADULTO SOBRE LA TIERRA

Cuentos de niños . . . ¿Quién en su niñez no ha sido involucrado por ésta sana inocencia? Cuentos,Mitos, Leyendas, . . ., todo lo fatasioso y fantástico, mientras no se estaba provisto de un cabal sentido de la realidad, brindaban al conocimiento y a la imaginación, sútiles hipótesis e intentos de interpretación, que luego más tarde serán dejados de lado, solamente como a un juguete conservado.

Evocando aquellos días cuando niño, sin justa razón me sonrojo de mis antiguas creencias. Era niño y como tal, es natural que haya sostenido como cierto aquellas inocencias.

Como no puede ser de otra manera, pasan los días y se crece en edad y realidad. La inocencia infantil en un lento disipar, deja de ser la nube suspendida entre el cielo y la tierra, para ponerse a caminar sobre la firme reflexión. Se deja atrás la niñez y con ella, la comprensible candidez de creer en cuen

tos, se llega entonces, a un estado que se dice de adultez. Mas he aquí este rezago infantil, que hasta cierto punto configura una anomalía en relación a la edad cultural; falta dejar de lado el más elaborado de los intentos de interpretación: La Teología, La Religión.

Dios, Cristo sentado en las alturas, cielo, infierno, ángel, demonio; estos conceptos entraron a la aceptación del hombre y de la humanidad, por la puerta de su inocencia, cuando estaba en una edad que hoy comparativamente podemos decir, Infantil.

Así es. Nada es inmutable y siendo la Religión una creación humana, no hay nada de que sorprendernos, ni nada que pueda sustraerla de ese ciclo al cual se introdujo al ser concebida. Ahora bien. Tal como el adulto deja de creer en los cuentos de su niñez, por propia evolución he llegado al convencimiento dado, respecto de la Religión, luego es lícito que me proclame como el primer adulto sobre la tierra.

UN VALLE DEMASIADO BENIGNO

Hoy quiero perderme en un valle demasiado benigno como para que sea cierto.

Aquí la papa y la manzana abundan, así como el sol y la luna que cuando brillan, nunca se ocultan.
El agua tan cristalino cual lágrimas de felicidad, corre sobre un dorado limo brindándose a todos con equidad.

Arboles que regalan sombra no podían faltar. La fruta que se desea, esta al acecho del apetito para hacerse llevar.
La belleza sólo requiere una insinuación, para aceptar compartir la tibiesa de su cuerpo y de su corazón.

Los más variados trinares, descienden de sus árboles,para en la madrugada llevar al soñoliento, el más bello de los despertares.

¿Será este, un paraíso que se ha olvidado mudarse al cielo?

Viven juntos el lobo y el cordero, el leopardo con el cabrito se acuestan sin nigún recelo.
La vaca y la osa pacen, en un mismo lecho sus crías nacen. El leopardo como el buey come paja y ¡oh! sorpresa, un niño los pastorea.
El niño de pecho juega sin temor sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extiende su mano sobre la caverna de la víbora.

Todo este santo valle parece ser, la promesa consumada de un dios, no habiendo nada que pueda ser perfeccionado.

Los primeros días mi dicha es inmensa, soy totalmente seducido por este lugar prometido, a donde acceden los creyentes, sólo después de nacer a la nada, que es el terminar. Pero... ¿Qué terrible hastío es este que me invade? ¡No! ¡no puede ser! en este lugar no puedo más tiempo permanecer. Moriría por causa de lo absoluto. ¿En qué emplearía mi vida, si todo está realizado? Cuándo me cance de esta perfección, ¿Con qué imperfecciones me distraeré? ... ¡No! ¡no puede ser!.

UNA INEXISTENCIA

Este universo es demasiado perfecto y complejo, que es imposible sea la obra de un dios.

A cada momento damos con enigmas impensados, para los ojos, árboles frondosos en verdor y oscuridad, por lo que, por escabrosos laberintos se ha de andar, si se quiere dar con el bien escondido nexo interno de los fenómenos, los cuáles en la naturaleza constituyen, estados en armonía de tensiones que incluyen al 'uno' y al 'anti'.

Si antes sucedía lo contrario, hoy seguir manteniendo a dios como creador del universo y del hombre, nos llena aún de más dudas. Es un parche que a cada momento es rebazado por la presión del pensamiento descubridor de nuevas verdades, lo que obliga a sus sostenedores, a adaptar la teología a las nuevas condiciones. Dios es un prejuicio, cuya grandeza reside precisamente en su inexistencia: no se deja alcanzar, ni tampoco fuera del dogma se manifiesta.

Esto que sucede con los pueblos, aconteció hasta hace poco con los científicos. Pensaban sujetos por un supuesto creado por ellos mismos, que no se dejaba alcanzar, ni tampoco fuera del dogma se manifestaba.

En esos avatares estaban, hasta que llegó el ambiente propicio, las premisas suficientes y necesarias que desmoronaron este edificio. Se correspondió a las condiciones, y el éter dejo de ser preocupación, Seguramente en la actualidad, ningún joven listo sería sorprendido por el motivo de las reflexiones de los sabios del ayer. Hoy que resulta evidente nos preguntamos, ¿cómo fue posible, que el pensamiento haya sido seducido por una inexistencia como el éter, que hoy no seduce a ningún niño listo?

Así mismo los hombres del cercano mañana, incluidos los niños listos, se preguntarán al igual que Inkarri se pregunta:

¿Cómo fue posible que una inexistencia como dios, haya seducido a los hombres del ayer?.

LAGRIMAS Y SOLIDARIDAD

Hay lágrimas de contento, y hay lágrimas de dolor, bueno sería que sólo se las derrame, en consulta con el pudor.

Motivo y lágrima son uno, y ambos en tiempo presente emergen cual zumo. Sigo, tiempo presente es un punto en constante movimiento que deja tras sí, un cono de aconteceres, y sostiene por delante, un cono de posibilidades. En ese continuo viajar, puede por calmos ambientes transitar, como por vientos ser azotado, produciendo aconteceres que se suman al pasado. Muchas veces entre esos aconteceres, se dan singularidades llamados acontecimientos, de dolor o contento, los que son aceptados mediante la venia: "Circunstancia así lo ha querido". Así lo fatal ocurrido, al aceptársele produce lágrimas de compromiso, las cuales conducen a la conformación. Se llora para estar bien consigo mismo, evacuando el agua que de otro modo, podría someter al corazón a una inundación.

Adversidad. Esas lágrimas soltadas bajo el contexto de adversidad, no son suficientes para una libre heredad.En este caso,la suma de lágrimas no es igual a las lágrimas contenidas, que corren victoriosas por las mejillas del que ha vencido.

Cuando el hombre puede, pero su objetivo es por la impotencia impedido, derrama la más amarga de las lágrimas. Vaya sabor.

Hay ciertas lágrimas que requieren de los semejantes, para que no sean vanas, llaman a solidaridad. Cuando pese a todo la adversidad persiste, o es grande la contrariedad, entonces es oportuno el concurso de la solidaridad, ayuda bajo ciertos requisitos, no compasión. Aquél que se prodiga por la vida, ese demuestra buena disposición,luego quien solicita ayuda no es él, sino su empeño de permanecer en la pugna, para finalmente salir airoso. Hombres de este proceder no estarán desamparados, ni los suyos,ni de niños, ni de ancianos. Inkarri mismo lo dice: Proclamo la más amplia solidaridad.

EL MAR . . .

El mar me atrae,
en su amplitud mi visión se deleita al no encontrar límite a su inquietud, y sobre todo se excita mi corazón, por el perenne mover de sus aguas.

Comprende bien el mar que la vida llena de sentido está en el movimiento, y fuera de este marmoteo, tan sólo un charco pestilente, trasposición de elementos, corrupción y caldo de gérmenes, estado imposible de ser grato a la vida, a no ser se tenga el sentir de un sapo.

Con la caligrafía de las tenues flexiones y encrespamientos, en la inmensa pizarra que es el mar, con símbolos recita la naturaleza: Lo existente dice soy mediante el movimiento, así mismo no es de hoy, el movimiento sin sustento.

El mar me atrae,
en su profundidad encuentro suficientes rigores, conjeturas y oscuridad, como para ser elegido el lugar predilecto de todos los exploradores, a quienes guardo estima.

Cuando digo explorador, es al

pensamiento a quien me refiero; él es quien aprovisionado de conocimientos y obviando riesgos, se introduce a esas regiones con la disposición de borrar oscuridades, y ser testigo del alumbramiento de una verdad.

Antiguamente se hacía asentamiento de dioses, los lugares oscuros y lejanos donde no se podía llegar; el mar lo era, huyeron al cielo y adentro la tierra. Mas si ahora los dioses sucumbiendo están, es porque también de estos lugares diciendo están: era.

El mar me atrae,
en su inmensidad corro con la misma libertad del viento, sin más traba que mi cansancio.

Libre albedrío no es igual a libertad, decidir al antojo es volverse esclavo del azar.

No al margen de ciertas leyes el viento se realiza, su libertad no consiste en irrumpirlas ni hacer caso omiso de ellas, por eso "libre como el viento", no es un simple decir.

EL CAOS

En el mar un momento me he detenido, pero ya su espejo me indica la cercanía de mi destino.

Cuando decidí mi retorno, el caos entre los hombres era evidente, pues ahora basta fijarse en sus ciudades, sus calles y la forma como conducen sus vehículos, para aceptar de inmediato el aserto planteado. Caos, este caos es expresión de que todo se ha puesto al revés, las relaciones interhumanas y del hombre con la naturaleza, todo al revés. ¿Quién entero, podría vivir placentero en esta realidad? Caos, la presente sociedad es un hervidero en la disyuntiva de transformarse o perecer, por lo que pronunciarse es un deber, y asumir esa responsabilidad un desafío.

Mi memoria no es desconocida, por allí esta esparcida, y quien la conozca, no encontrará doblez ni amañamiento en mi pronunciamiento:

Mi esperanza y mi fe y mi porfía son por la transformación, tal es mi clara determinación.

Me voy acercando a mi objetivo, pronto iniciaré el fin de mi cometido. La gran ciudad está próxima, su noticia no me sorprende, mas he aquí a medida que me acerco, maravillosamente Circunstancia precede y hace coincidir mi llegada, con el caos de la naturaleza, . . . como si el caos entre los hombres no fuera suficiente.

Por un lado son las lluvias torrenciales, desborde de ríos, inundaciones, derrumbes, destrucción y llanto; la luna y el sol salen juntos, el arco iris sorprende a cielos vírgenes y como perla deprimente, la corrupción es insolente.

En simultáneo en otra región, es la sequía y su desolación, el engaño y el olvido los que causan daño a los aún vivos.

¿Corresponderá todo esto, a los signos que anuncian mi advenimiento?

Los tiempos son otros, en consonancia mi seriedad y mi indiferencia por supersticiones y astrologías, me impiden afirmarlo. No lo sé.

SOBRE LA VIOLENCIA

Dice el poeta: "De buenas intenciones está empedrado el camino a la hoguera" y dice Inkarri, "no a ser precursor he venido".

La solución de lo que represento es un salto y no un tránsito pausado, un impulso y un destino obligado. La reja del arado se abre en nueva tierra a punta de fuerza, el arado del cambio guiado por juiciosa mano, a punta de violencia en la historia abre surcos de historia.

Esta proclama no es invención, es eco afinado de la canción del porvenir:

¡Inkarri acoge la violencia!

Aquella violencia que hace perecer lo caduco en provecho de lo nuevo. Ambas, violencia y corriente transformadora en la acción se hacen uno, dan lugar a 'pachacuti', de tal modo la violencia engendra transformación, y la transformación despliega violencia.

Quienes la conciban de otra manera: la violencia aislada en sí misma, violencia sin proyección trans-

formante, son por mucho reprochables; estos no deben invocar mi nombre, sino el de un jefe de banda.
Quienes conciben la transformación sin violencia, son los que buscan pijamas de madera; estos no deben usufructuar cualidades, mejor será que guarden sus programas para otras edades, no son hombres de estos tiempos.

Con el nacimiento nacen la vida y la no-vida, lo caduco es manifiesto al final de un desarrollo. ¿Cuándo saber el que un desarrollo se ha tornado caduco? Cuando ha dado perfil a su verdugo. Lo antiguo en su declinar, favorece a su sombra, quien será su verdugo y finalmente el nuevo señor.
Es por eso que en tiempos de penumbra, hay que prepararse para la consiguiente aurora: Coger llama, en la mano fuego, forjar un ferreo convencimiento.
Organizarse, cuantos más numerosos y mejor organizados, lo antiguo será barrido como por un río contenido.
Unicamente lo mejor del antiguo sistema, será asimilado.

V) INKARRI FRENTE A CRISTO

Y bien, lo que estaba previsto y anunciado, se hace claro y declarado:
Inkarri frente a Cristo, Cristo frente a Inkarri.

Inkarri el reciente representa al nuevo orden, mientras que Jesús el Cristo luego de reinar milenios y llevar la luz de su doctrina al hombre, ha devenido en antiguo.

Nada más se puede adelantar por el momento, respecto del fraternal enfrentamiento. Unas palabras de más o de menos, son vanas en estos momentos, porque será en la sociedad, en ese lugar donde nacen y retornan las ideas, donde la competencia hallará su expresión.

INKARRI EN LA GRAN CIUDAD

En un amanecer cualquiera de cielo nublado, con una imperceptible garúa cubriendo el piso de mojado, alguien en dignidad turbiada, con danzante paso hacía su ingreso a la gran ciudad. Inkarri había llegado a su destino, su traza era la de un mendigo.

El fino manto de lana de vicuña era irreconocible: desgarrado, rotoso, lleno de abrojos y suciedad, era el fiel trasunto de un arduo y largo recorrido. De las relucientes sandalias ningún brillo quedaba, completamente destrozadas, sin timidez dejaban ver unos dedos sangrantes de bordes escoriados, sin misericordia lastimados.

Su rostro y su cabellera no podrían estar de mejor manera. Desencajado en extremo, el polvo y el sudor se encargaron de cubrir toda verdad primera. Sus ojos enrojecidos por el duro trajín, dabanle un recelante aspecto aparte de su andrajoso vestir.

La ciudad despertaba, los madrugadores limpios de sueño, dejaron de sentirse fantasmas en un pueblo abandonado. Con el clarear del nuevo día, en las calles brotaba la gente como el germinar de plantas, tocadas por milagroso encanto. Los diarios en los quioscos, trataban cada cual de mostrarse lo más apetecible para el lector; muchos se contentaban con leer lo que estaba a la vista, inquiriendo sobre noticias extraordinarias que de no encontrarlas, no sacrificarían su pan y volverían mañana con esa misma atención, por los titulares que mantengan vivas sus esperanzas.

Escuelas y colegios se llenaron de alumnos, en las universidades todo transcurría con la normalidad de un día cualquiera; las clases no tenían por qué ser distintas.

Los mercados estaban atiborrados de vendedores y compradores, de amas de casa y de no pocos sinsabores debido a los precios. Algunas madres se quejaban: "hasta donde llegaremos", decían y se calmaban.

Aparentemente todo se desenvolvía con la normalidad de otros días, pero en aquella mañana eran cada vez más, quienes se percataban de un extraño semblante que las calles recorría. Al principio, como se acostumbra ante lo desconocido, reaccionaban con temor: no vaya a tratarse de un loco agresivo, de uno que no ha obtenido buen botín, un corrompido, uno que hace promesas, un perturbador, un demagogo, un brujo o hasta el mismo demonio con hábil disfraz.

Las personas evitaban intersectar con el desconocido, otros menos andrajosos se retiraban con grotesca autosuficiencia. La medianía de ilustrados y doctores, le tomaban por un incomprenso bohemio y se hacían de no verle. Los etiquetantes se consternaban, cuando ante las iglesias pasaba de largo sin persignarse, y si entraba, lo hacía con el mismo respeto con que se entra a un museo. Los curas con su presencia se sentían como descubiertos, los feligreses experimentaban ira, en otros tiempos seguramente hubiera sido la pira. En cambio los sin-

ceros creyentes y cumplidos practicantes, pocos por cierto, hasta podrían llegar a estimarle, pese a su recusante aspecto.

Con el trato de las miradas fue aceptado el forastero. Se extrañaban: aunque parece mendigo, nunca pide dinero, tampoco se agacha a recoger nada. Se convencieron que el temor había sido vano, la desconfianza dió paso a la burla, al denuesto: Allí va el altivo mendigo, véanlo, ehsa caminada, hey tú toma una moneda; se lo arrojaban a la espalda. ¿Un pan? tendrás que disputarle a los perros; risas. Rotoso, ¿por qué no caminas con la cabeza gacha? ;injurias. ¡Cede la vereda a mi perro! ;empujones. Allí va el loco del manto, hagamosle comer un rocoto diciendole es un bizcocho; vamos. Ante estos procederes, el irreconocible Inkarri sin emitir palabra alguna los aceptaba, y se alejaba al descuido, por callès varias.

Así fue como Inkarri realizó la última constatación; ningún detalle se le ha escapado, cada quién decide sobre su salvación.

LA GRAN INUNDACION

El mediodía era primaveral, cielo despejado y tranquilidad dominical. Semejante a cuando se está medio dormido al borde de un río, así se percibía el rumor de la gran ciudad. Ruidos varios no desconocidos, suave viento y mar tranquilo. De improviso: ¡un rayo!

El desconcierto cundió; acostumbrada la gran ciudad a banales garúas, el repentino golpe de un fenómeno conocido en libros, rompió en ella todo convencionalismo. En otras regiones se da, pero ¿en la gran ciudad? Se preguntaban, alzaban la cabeza, nada. Los tímpanos aún vibraban, se respiraba como quien vuelve en sí; ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido? ¿En qué cotidianidad hemos estado metidos? Ahhh.

La lluvia se inició de nada a poco, la garúa fue recibida con extrañeza; qué raro, hace un minuto el sol era resplandeciente. Aunque entre quejas la calma retornaba; la garúa nuestra conocida, todo terminará en eso como siempre, mañana se

rá un día cualquiera sin vínculo con el ayer que es este día. Tal regocijo en lo hondo escondido, preparaba sus motas del olvido para borrar el suceso desagradable, uno entre demasiados en esta miseriosa sociedad, donde para sobrevivir, hay que olvidar con engaños. Sin embargo, esta vez equivocados estarán.

Lentamente aumentaba el caudal de la lluvia,para hacerse lluvia de verdad; como allá en mis montañas. Cuando los más perspicaces terminaron de decir: ¡Esto no va a parar! un segundo rayo les dio la razón, y ahora otro, otro y otro, otro.

El pánico se apoderó de la gente, en especial de los no enterados, de los transgresores de la vida, de los maniatadores. Producida la tempestad, los involucrados por el fenómeno se precipitaron a buscar refugios; se cubrían con diarios ya leídos; escondiéronse debajo de ideologías decadentes, que fue como recurrir al respaldo de un castillo de esteras; los objetivistas, que en un principio pretendieron mantenerse imparciales, se vieron obliga

dos al partidismo.

Depósitos de agua cenagosa empezaron a multiplicarse, en las calles inclinadas, los hilos de agua se hicieron riachuelos que amenazaban llegar al filo de las veredas.

La lluvia sin consuelo no dejaba de ir en aumento, haciendo aumentar el desconcierto. Los hombres de edad evocaban: no recuerdo parecido acontecimiento, es una conmoción como ninguna. Tiznados por la impotencia y la inacción, muchos no atinaron sino ponerse a rezar, se acordaron de los mandamientos, de las oraciones; es consecuencia de nuestros pecados, es un castigo, castigo del señor. Se arrodillaron a implorar, recurrieron a distintas imágenes,pero no por eso la lluvia dejaba de aumentar. Saquemos al señor en procesión; saumerios y cánticos fueron lanzados al aire, nuevas nubes oscurecieron aun más el cielo. Mientras tanto, los más lúcidos se multiplicaban evaluando peligros, planteando soluciones, estudiando alternativas; deja de orar y ponte a obrar. Allí la lluvia.

En medio de la desesperación, se difundió la preocupación por el andrajoso a quien se había zaherido. Las preguntas se hicieron, los atalayadores se preguntaron si no era, como cierta memoria lo concebía, el anunciador de cataclismos que anteceden la creación de nuevos mundos. Por precaución unos, por convencimiento otros, se pusieron a buscarlo; ¿Por dónde está?

La noche llegaba y al andrajoso por ningún lado se le encontraba; tal parece se ha hecho neblina, o de repente está en un parque debajo de un árbol, en la plaza, no, ha desaparecido, no está.

Esa tarde y esa noche, llovió como nunca antes había ocurrido. Nadie quedó al margen de semejante experiencia, todos se mojaron, ningún refugio logró mantenerse como espuma, por encima de la disputa. Superado al menos por el momento el abrazante incidente, fue comprendida la alternativa en la cual se encontraban, la que tendrá que ser decidida sin rodeos, tal como lo

exige la línea divisoria: o continuar en la inundada gran ciudad de corrupción e injusticia, u optar por una nueva sociedad, una nueva ciudad en la que todo debiera ser construido de nuevo y bajo nueva relación.

¿Pero dónde está el extraño solitario?

La lluvia con su abrasiva mano, se encargó de lavar toda falsía y encubrimiento; lavó el rostro de los que se presentaban como hombres comprometidos, de los llamados políticos que tienden la mano a uno y otro lado, para después limpiar su asco con diversos jabones; descubrió el escondite de ratas y corruptos, los que como acostumbran, fueron los primeros en intentar ponerse a salvo; disolvió los cimientos de grotescos palacios, levantados sobre el barro en parodia de la justicia; derrumbó frágiles construcciones, así como los tabladillos en que volatineros y payasos realizaban sus funciones; dio el golpe de gracia a tablas resquebrajadas, por inercia sostenidas en jerarquía;...

Con semejante franqueza, la lluvia también se encargó de lo inverso: mostró el verdadero rostro de quienes por interés de los anteriores, en sus espejos eran presentados completamente desfigurados. Las verrugas inventadas fueron desvanecidas; las imaginaciones malintencionadas, como esa de los pies de cabra, siguieron a la huida de sus creadores; al instante fue despintada la burda pintura, de los abocastros, inventada para atemorizar incautos; fueron curadas llagas y lavados los andrajos; ...

Tal ha sido, la inundación que a la gran ciudad ha sometido. En el fragor de esa verdadera prueba, todo cobró su real dimensión; hubo árboles que cayeron y otros que crecieron.

En cuanto a Inkarri, al día siguiente volvió a ser él mismo, sin carencias ni agregados.
Ahora sí tendrá que ser escuchado.

INKARRI ANUNCIA UNA NUEVA ERA

¡ Anuncio una Nueva Era y con ella una Nueva Moral: La Era y La Moral del Post-Cristianismo !

De este modo inició Inkarri su encaramiento contra el antiguo ordenamiento. La poca gente reunida en su rededor, fue cogida por una tensión persistente como el ojo por un resplandor. La voz de Inkarri hizo su ingreso como el viento en un ambiente sofocante, y una vez que se hubo asimilado el primer vendabal, nadie más tuvo necesidad de preguntar el nombre de ese hombre, pues sólo uno había que podría enfrentarse a Jesús el Cristo, y ya en medio de los hombres estaba. Percatándose de la identidad de quién estaba delante, algunos persignandose huyeron a todo correr, mientras los que se quedaron, tuvieron que contener las lágrimas por el advenimiento realizado.

A partir de esta manifestación, la gran ciudad fue advertida de Inkarri y de lo que significaba su presencia. Algunos dudaban; ¿será

posible? ¿no era un mito? ¿será posible que ya Inkarri esté con nosotros?Algunos deseaban que sólo se trate de un suplantador... ¿un suplantador de sí mismo?

Se multiplicaron las preguntas, mas ha sido dicho que las conjeturas son vanas; quien no quiera ver se quede con su ceguera, con la venda de sus conjeturas porque no encontrará a nadie quien las absuelva, a no ser se mantengan hasta cuando Inkarri haya vuelto de dilucidar su competencia, pero entonces cuando haya consumado su obra, se sentará con quien lo merezca, con quien se ha prodigado.

¿Qué viene de seguido? decir que lo anunciado se ha cumplido, porque si hasta ahora fue dicho en pasado, recordando el mañana fue dicho,y si se dice: ha sido dada la primera palabra, es sólo el inicio mas no el último juicio; es ya pasado y por tanto, tarde para borrar las letras del canto; sólo queda avanzar o elevarse como vapor que se difunde,hasta la puerta de quien espera. En eso Inkarri se hizo traslúcido.

